

Revista de cultura

# PAPELMÁQUINA 13

Año 11 | N° 13

ISSN: 0718-6576

Diciembre 2019

Santiago de Chile

Tal vez el retrato más apropiado que podría hacerse de *Papel Máquina. Revista de cultura*, sea aquel que Louis Althusser reservó para su amado materialista aleatorio. Así, podríamos decir que la edad de una revista no tiene ninguna importancia. Puede ser muy vieja o muy joven. Eso en última instancia es irrelevante para quienes hacen uso de ella. Lo esencial es que no sepa dónde está y que tenga ganas de ir a cualquier parte. Pues, como recuerda Althusser, lo importante siempre es tomar el tren en marcha. Como en los antiguos *westerns* americanos, la historia comienza tomando un tren en movimiento: “sin saber de dónde viene (origen) ni a donde va (fin)”. *Papel Máquina* quisiera ser esta máquina de pensamiento. Siempre en movimiento, siempre a la intemperie, siempre errante, siempre pasando a otra cosa. A medio camino entre la agitación y el estremecimiento, a medio camino entre la conmoción y el temblor, la revista quisiera ser ese vagón en marcha que sirve transitoriamente de morada y refugio a escrituras y pensamientos sin destino programado.

Portada/contraportada: *eva\_pueblo\_oscuro* (2019), cgm.  
Archivo: di-film, fotografía de 1952.  
Buenos Aires, Argentina.

Revista de cultura

**P A P E L M Á Q U I N A 13**

**Directora**

Alejandra Castillo

**Dirección Editorial**

Oscar Ariel Cabezas  
Cristián Gómez-Moya  
Luis Gueneau de Mussy  
Cristóbal Thayer  
Miguel Valderrama

**Consejo Editorial**

Bruno Bosteels  
Flavia Costa  
Eduardo Cadava  
Julio Ramos  
Nelly Richard  
Willy Thayer

**Diseño y diagramación**

cgm + elissetche | estudio

**Registro**

ISSN: 0718-6576  
Año 11 | N° 13  
Diciembre 2019

Editorial Palinodia  
[www.palinodia.cl](http://www.palinodia.cl)  
[editorial@palinodia.cl](mailto:editorial@palinodia.cl)

Santiago de Chile

## ÍNDICE

Editorial **María Pia López**  
*06*

---

¿Qué hacer? | El enigma argentino **Eduardo Rinesi**  
Perón y el peronismo en la obra  
de Horacio González  
*15*

**Matías Rodeiro**  
El pensador argentino y la tradición  
*31*

**Alejandro Kaufman**  
Prometeo encadenado, masculino  
deconstruido  
*37*

---

Campos de batalla **Horacio González**  
Maquiavelo y el problema de la lectura  
*51*

Diálogos **María Pia López | Guillermo Korn**  
Las lecturas que nos hacen.  
Conversación con Horacio González  
*101*

---

La trama del ensayo **Diego Tatián**  
Lo infrecuentado de todas las cosas  
*119*

**Gisela Catanzaro**  
La crítica como agonía y rescate  
*137*

**Susana Romano Sued**  
Pampa, nación, mito y retórica en  
*Restos pampeanos*, de Horacio González  
*153*

---

Traslaciones **Peter Stallybrass**  
Marx y la heterogeneidad:  
pensando el lumpemproletariado  
*171*

# Lo infrecuentado de todas las cosas

---

Diego Tatián\*

\* Universidad  
Nacional de  
Córdoba

## Uno. Cuestiones de método

“Aforismos del partisano”<sup>1</sup> es un escrito precioso por motivos varios, entre ellos porque revela *un modo de trabajo*: la indagación de lo que aparece inscripto en un sistema de relaciones catastróficas. Allí, Horacio González se detiene en breves aforismos del resistente que mucho tienen que ver –lo comprenderemos cabalmente después– con la historia argentina. Los aforismos tratan sobre nueces, arqueologías, tesoros, cosechas, rostros, hielo... Y al detenerse en René Char, Horacio González –pero de esto nos damos cuenta con el tiempo– estaba hablando de la Argentina. Allí interesa la poética de la resistencia; la reflexión (ininterrumpida, tal vez el hilo secreto de los textos de González) sobre la justicia (Camus una y otra vez), sobre las tareas del combatiente, sobre la arqueología de las cosas perdidas y la transmisión involuntaria. Pero la más inquietante es la que se demora en la historia del nogal y

119 |

<sup>1</sup> Horacio González, “Aforismos del partisano”, en revista *La caja*, n° 9, Buenos Aires, 1994.

la armadura medieval, tomada de un libro de conversaciones que Paul Veyne mantuvo con Char.

Supondremos que los muertos inhumados tienen nueces en los bolsillos y que algún día fortuitamente el árbol surgirá (*Feuillets d'Hypnos*).

La conexión de nogales y armaduras que se establece aquí para comprender las cosas se debe al hallazgo de una raíz que une objetos distantes y disímiles, y sin embargo profundamente vinculados. En la manera gonzaliana de presentar el pensamiento, se escamotea o no siempre se explicita lo que va por tierra, de allí la presunta dificultad de la lectura de sus textos, que no es otra cosa que una exigencia del hallazgo.

Nunca sabremos del todo qué se llevan consigo quienes mueren, ni será nunca posible estar seguros de que quienes han sido abatidos lo estén del todo. Hay quienes, pese al hambre, guardan el fruto sin devorarlo, como se protege un secreto o un legado. Un nogal, que atravesó todas las guerras habidas durante siete siglos para ser derribado una mañana en nombre de la liberación y de la libertad, consume un extraño vínculo, una ofrenda, *el mensaje cifrado de un combatiente a otro a través de los siglos*. En la hora más negra de la historia y de la cultura, un grupo de *maquis* encuentran un árbol de siete siglos cuyo origen es un hombre muerto, un guerrero caído. Seguramente la parábola contiene también una teoría del legado, de lo que los seres humanos dejan a otros seres humanos. Una teoría de la herencia involuntaria.

La sobrevivencia de cosas y significados a los seres mismos que los produjeron requiere de una arqueología muy particular, una atención para encontrar lo que no nos estaba directamente destinado, o al menos no lleva nuestro nombre. La herencia como hallazgo involuntario es ausencia radical de testamento, que vuelve posible articular legado y libertad. No por tanto una tradición unitaria de sentidos y valores a la que pertenecemos necesariamente, sino transmisión catastrófica, interrumpida, fortuita y sin destino cierto por la que, a veces, somos afectados. Estamos siempre afectados por una nostalgia de la ciudad perdida, una ciudad hundida y desbarrancada en la memoria donde hay más –muchísimos más– seres muertos que seres vivos. Y todavía muchísimos más seres que no han nacido aún. Una ciudad, afirman las religiones antiguas, está envuelta en la espectralidad; es una misteriosa conversación entre vivos y muertos, entre los vivos y los no nacidos –tal vez entre los muertos y



los no nacidos a través de los vivos—; un coloquio con espectros a veces familiares y otras veces no.

Es por eso que una ciudad está llena de cosas secretas y sentidos no destinados a nadie, que las anteriores generaciones escondieron en lugares poco frecuentados, o simplemente olvidaron allí sin tomar ninguna precaución para su hallazgo por los descendientes (son tal vez “las cosas ocultas desde el comienzo del mundo” de las que habla la Biblia). Así considerada, la ciudad es un lugar de pérdida, un inmenso yacimiento de objetos perdidos que, a veces, encontramos sin querer. La pregunta que Horacio González arrastra cuando escribe, cuando habla: *¿cómo desarrollar un “arte de la memoria” pública capaz de admitir lo involuntario?* Se trata, seguramente, de un trabajo de preservación, pero también de descubrimiento. Hacer una “arqueología política” es no sólo hallar ideas que alguna vez estuvieron vivas, afectaron o conmovieron una ciudad, y hasta hoy estaban enterradas y sin recuerdo, sino también es hacer una “arqueología urbana” en sentido estricto, es decir descubrir sitios de tiempo extinto, puntos de encuentros, casas, plazas, lugares de reunión, patios, calles, objetos, bibliotecas, muros, donde acciones, ideas y pasiones alguna vez tuvieron origen y por donde transitaban o dejaron marcas quienes las experimentaron o concibieron.

En los resquicios de ciudades vulneradas por el discurso y el “progresismo” neoliberal persisten otras ciudades más antiguas, viejas memorias comunitarias y tradiciones culturales que evocan nombres perdidos con los que es posible entrar en interlocución. Se trata de una manera de comprender la política —que Horacio González nos ha enseñado tantas veces— como encrucijada de la invención y el diálogo con muertos.

Sin ese diálogo, sin una memoria urbana de antiguas batallas sociales (que muchas veces es una memoria involuntaria), no podrían abrirse paso nuevas resistencias; sin una memoria de antiguas luchas obreras no sería posible una huelga; sin una memoria de movimientos estudiantiles de otros tiempos, sería difícil la irrupción renovada de estudiantes en custodia de lo común. Esa memoria, no siempre consciente, y ese diálogo, no siempre explícito, alojan novedades capaces de abrir la historia y manifestar lo que nunca tuvo lugar, lo potencial, lo que no ha sucedido aún.

Aunque se trata también de un arte plenamente voluntario de transmitir el testimonio de lo que no prosperó, como en esa historia que Horacio González evoca en un escrito de 1987, recuperada María Pía López en su libro *Yo ya no*<sup>2</sup>. Después de la cruenta derrota de la Comuna de París, Louise Michel es confinada a la Polinesia, donde se hace amiga de nativos canacos que habían iniciado una rebelión. A uno de ellos, antes de ir al combate, Louise le entrega la mitad de la insignia roja de la Comuna que había conservado consigo. La experiencia revolucionaria persiste apenas como *resto* y se transmite en los signos derrotados de un anhelo de justicia que pareciera extinto, cedido para su cuidado, su inspiración y su retoño a desconocidos compañeros dispuestos a continuar una obra de libertad.

La transmisión se revela así como un asunto central en política; la herencia de ese conjunto de generaciones es justamente la invención, el propósito explícito y lúcido de hacer algo con el tiempo y con el espacio donde les tocó vivir –generaciones que no se abandonan pasivamente a ser afectadas por el tiempo, sino que ejercen su capacidad de hacer algo con él. Ese espíritu puede ser siempre aceptado como herencia –la necesidad de “inventar una herencia”–, para vivir en un mundo que es totalmente otro. Aparece aquí el motivo del “tesoro perdido” (no recuperable por ninguna arqueología, porque más bien un “tesoro apartado”) que inspira muchos escritos de Horacio González –esos “*años esenciales*” del sobreviviente, “*años casi secretos que recomiendan el silencio o por lo menos la circunspección*”.

Los textos de Horacio son paradójicos: el estímulo al pensamiento es extremo, y a la vez hacen sentir que todo lo que se diga sobre ellos corre el riesgo de un *desacierto*, que se incurre de manera precipitada y tosca en lo que la reflexión ha omitido con cuidado; que seremos capturados por la palabra que se trataba, precisamente, de no decir. Zahorí de altísima sensibilidad cultural, la escritura gonzaliana detecta en el barullo vocinglero de la discusión política argentina los precipitados inadvertidos de discusiones más antiguas, o nombres olvidados que entran, de la manera más natural, en la conversación de los vivos y los muertos cuyo objeto de disputa es la Argentina.

<sup>2</sup> María Pía López, *Yo ya no. Horacio González: el don de la amistad*, Buenos Aires, Las Cuarenta Ríos, 2016.

La pregunta se desvanece en una heurística de la conjunción inesperada (nogales y armaduras): Horacio González es no sólo un buscador de perlas sino un maestro en el arte de encontrar esos hilos secretos, ejercido con la gentileza de quien hace creer que hacerlo no ha costado ningún trabajo. Arte de la crítica, donde por crítica no entendemos denostación o denuncia, sino una fina exploración de los límites y posibilidades de un acontecimiento –que atesora, inherente en ella, una compleja filiación con el mito. Clave de estilo en esta prosa única de la ensayística castellana es una deliberada sustracción de la evidencia y el juicio final. Se dice siempre menos de lo que puede ser dicho, siendo que se dice mucho. Barroco autolimitado que se mantiene un paso atrás de lo que permite ver, y exige del lector una praxis frente a lo no dicho. Esa exigencia invita además a una probidad intelectual y militante que abjura de cualquier facilismo, afronta las mejores razones de sus adversarios y les hace justicia, en el sentido más elevado del término. “Recolección de señales” y “arqueología de lo insospechado” se transmiten pues mutuamente su fecundidad y anudan un singularísimo modo de renovar el pensamiento –de reponer, sobre todo, los dolores en una historia. Ya no podemos concebirnos sin esa cuidada composición de la que nos ha tocado ser contemporáneos.

*Kirchnerismo: una controversia cultural*<sup>3</sup>, por ejemplo, es un libro que exige una cautela extrema por un *sotto terra* metódico de indeterminada fecundidad. Su lectura nos deja afectados por una singular potencia de pensar que, sin descuidar la atención por las fuerzas en conflicto, permite encontrar significados impensados en las cosas familiares –arte de dar vuelta las piedras justas bajo las que algo se escondía a la mirada.

123 |

El procedimiento toma prestado su método de la fenomenología más clásica: se parte siempre del mundo de la vida, de las preguntas más comunes, de las palabras de la tribu tal y como atestan las calles argentinas (“Muchos preguntaron, ¿para cuántos años hay peronismo?”) o de una vieja fotografía de Cristina recostada en una verja, para desentrañar luego lo impensado que hay allí y alcanzar iluminaciones profanas de intensidad súbita. Así, la atención hacia una ignota voz solitaria que en un acto de Kirchner grita: “¡Acordate de Perón!”, es tomada como si de una

<sup>3</sup> Horacio González, *Kirchnerismo: una controversia cultural*, Buenos Aires, Colihue, 2011.

escoba voladora se tratara para, subido en ella, interrogar el pensamiento de Jauretche, el cine mitopoiético de Favio, el arte de Santoro.

Así, tras la polémica entre Galasso y Altamira a propósito del asesinato de Mariano Ferreyra, despunta el nombre de Germán Avé Lallemand –fundador de la UCR en San Luis, hidrógrafo, cartógrafo, agrimensor, geólogo, naturalista, posible corresponsal de Engels y un largo etcétera–, personaje que sin duda cumple todos los requisitos para fascinar la arqueología gonzaliana. ¿Cuál es el hilo invisible que permite el salto de Galasso / Altamira a Germán Avé Lallemand? La pregunta se desvanece en una heurística de la conjunción inesperada, que se mencionaba antes. Que es vuelta a poner en obra con la colocación en contigüidad de Monteiro Lobato y la represa de Yaciretá, a partir de una ausencia convertida en fecundidad: el kirchnerismo “no tiene textos”. Como rareza de esta constatación se revela el prólogo de Cristina Fernández a los cuentos de Monteiro Lobato “devorados” en la infancia; relato autobiográfico en el que la presidenta recuerda la estrategia, durante los años oscuros, de forrar libros de Fanon, Sartre y Cooke con páginas de Monteiro Lobato, para disimularlos de su contenido. “Cotejemos esta acción realizada sobre los libros de Lobato con el discurso de inauguración de la represa de Yaciretá... Del texto sobre Lobato... llegamos ahora a la manifestación de una discursividad dura sobre política energética”. La línea invisible que va de un autor de relatos infantiles a la política energética es iluminada por un destello súbito en su relevancia cultural y política.

No obstante esa predilección por las tramas secretas, el libro de Horacio González sobre el kirchnerismo publicado durante el kirchnerismo debe ser leído como un libro de crítica, es decir: paso atrás, consideración de eso llamado “kirchnerismo” como si se estuviera fuera de él (como si fuera cosa del pasado, o algo por venir), no obstante haber sido el mismo González una de las plumas fundamentales del fenómeno a desentrañar. Libro de crítica que muestra sin embargo la inherencia de este concepto en el de mito –comprendido a su vez este último en su dimensión crítica, según una compleja filiación que invoca la cultura romántica, la antropología de Levi-Strauss y acaso los trabajos de Hans Blumenberg.

Más ampliamente, Horacio González enseña algo fundamental para la tradición que lleva el nombre de “nacional-popular”. Enseña que la ostentación sin mediaciones –como si nada hubiese ocurrido en la historia– de “barbarismo” explícito; la apelación a un léxico reificado (“gorila”,

“antipatria”); el empleo sustantivo del mito (como si la crítica fuera pura jactancia de intelectuales); la reducción de la cultura popular a la elementalidad sin relieve de lo que puede ser comprendido por todos, son inmediatismos reaccionarios muy en la retaguardia de una renovada sabiduría popular que exige pensar de otro modo la cultura, el lenguaje, el mito, la vida colectiva y los signos del presente.

Clave de estilo en *Kirchnerismo...* –y en otros libros del mismo autor– es una autoexigencia de lenguaje y una probidad intelectual que abjura de cualquier facilismo. El kirchnerismo se presenta así como *trabajo* –que no es ajeno a la articulación de desarrollismo y emancipación, junto a una urgente reflexión sobre la naturaleza y los recursos naturales. Para ello, Horacio González buscaba renovar la idea de un “frente” libertario de reforma social, y apoya su posibilidad filosófico-política en la idea, enigmática y bella, de “compañerismo trascendental”.

## Dos. Restos urbanos

A veces trato, sin éxito, de recordar la primera vez que escuché o leí el nombre de Horacio González. Debe haber sido a principios de los noventa o a fines de los ochenta, no creo que antes. Desde esa primera vez, cuando quiera que haya sido, el de Horacio González es un nombre que aparece casi ininterrumpidamente en los lugares opinados del mundo de la cultura, pero también en las circunstancias más inopinadas, de Buenos Aires y muchas ciudades argentinas como Rosario, Paraná, La Plata, Neuquén, Mendoza y otras. Con frecuencia la referencia a Horacio González funciona como una especie de santo y seña entre desconocidos para entrar en diálogo. El comentario casual que deja caer su nombre asegura la ruta de la conversación, una especie de inmediata complicidad y proximidad, y la deriva hacia el relato de alguna historia con el propio González sucedida a alguno de los azarosos circunstantes, que corrobora lo que los demás ya sabían de él y motiva en ellos el recuerdo de otras similares.

Horacio González no es solamente uno de los escritores argentinos más leídos, sino también uno de los más queridos. La gente –impresionante cuánta– lo quiere por haberlo leído y lo lee porque lo quiere. No siempre llegamos a una lectura guiados por una afectividad, ni una lectura a la que llegamos por otra vía logra en todos los casos producir afectos –cuando ello sucede, el escritor del que se trata pasa a ser algo más que

un simple escritor: se convierte en un compañero de la vida, aunque nunca hayamos cambiado palabra con él.

Córdoba es también una de las ciudades en la que Horacio es muy querido –por lo que piensa, por lo que escribe, por la calidad de su intervención en los debates de la cultura y la política, por una manera de vivir y estar con los otros, por tanto que enseña aunque no se proponga hacerlo. Horacio González tiene con Córdoba un vínculo profundo, a veces quizá involuntario. Estoy tentado de decir que es el mayor reformista que he conocido. La Reforma universitaria no se cuenta entre las inspiraciones de la tradición en la que Horacio González suele ser inscripto –la tradición más bien de las universidades populares-, y sin embargo hay un espíritu de la Reforma del 18 –que nada tiene que ver con su declamación, ni con la repetición ineficaz de sus leyendas, ni con la reproducción conservadora de sus principios–, un espíritu del que Horacio es uno de los mayores herederos. Más allá de intervenciones y osadías que remiten imaginariamente a la cultura de la Reforma –dar clases en un ómnibus; concebir el examen universitario como conversación socrática antes que como examinación de lo que alguien sabe o ignora; abjurar de las ínfulas doctorales en cualquiera de sus formas, cosas tan características de Horacio, traen a la memoria la intervención de Deodoro y sus amigos en plazas y parques de Córdoba vistiendo todas las estatuas como respuesta a la censura del pintor Ernesto Soneira, también textos como “Palabra sobre los exámenes” (donde el redactor del *Manifiesto liminar* propone que sean los estudiantes quienes examinen a los profesores); o la propuesta de abolir el Doctorado en Derecho que Deodoro hiciera en la Facultad concernida mientras era consejero egresado en ella. Pero la sintonía principal no es esta coincidencia si se quiere anecdótica, sino algo más fundamental: la contigüidad del conocimiento y la vida como principio por el que orientar la enseñanza universitaria, el pensamiento y en general el trabajo con las palabras.

Sabemos también de otro nombre en Córdoba que a Horacio González no le es indiferente ni ajeno. Me refiero al de Oscar del Barco (a cuyo pensamiento la revista *Papel máquina* dedicó no hace mucho un importante número). Con él comparte coincidencias, disidencias y la mutualidad del reconocimiento. Me consta que Horacio es lector apasionado de Oscar –además de haber editado algunos de sus textos– y que Oscar considera a Horacio una de las voces imprescindibles de nuestro tiempo.

Menciono también a Héctor Schmucler, con quien durante muchos años sostuvo una fecunda conversación, presencial e imaginaria.

El Premio José María Aricó que en 2014 le fue concedido por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba quisiera añadirse a este vínculo de Horacio González con Córdoba. Para quienes creen que la mejor sociedad humana a la que podemos aspirar es una en la que no haya premios ni castigos (una en la que cada uno dé según su capacidad y tome según su necesidad como la cosa más natural) –barrunto que Horacio González se cuenta entre ellos–, es siempre incómodo recibir precisamente un premio. Aunque hasta ahora no hayamos sabido prescindir de castigos y de premios, podemos imaginar a esa sociedad por venir como formada por hombres y mujeres capaces de encontrar maneras mejores de manifestar la gratitud. Quizá podamos entonces pensar el Premio Aricó como una forma de agradecimiento institucional más que como una “distinción” –hubiera resultado críptico llamarlo “Agradecimiento José María Aricó por el compromiso social”, aunque tal vez debimos habernos atrevido.

Horacio González y José Aricó se nos presentan como la conjunción –el encuentro aleatorio más bien– de dos nombres de los que la Universidad y en general las palabras de nuestra tribu no podrían prescindir. Esa conjunción tiene acaso la forma de la encrucijada. Aricó y González tienen algo en común poco común en quienes pertenecen al mundo del estudio: la atención por el detalle que pasa desapercibido, por la existencia humana en su cotidianidad, por los objetos del mundo de la vida como si fueran reliquias encriptadas de la totalidad que se trata de comprender –y de emancipar. La lectura, en las cosas, del sentido de las cosas, o más exactamente del sentido que excede a las cosas, hace que caminar con ellos por la ciudad, por cualquier ciudad, es de pronto sentirse entre las páginas del libro del mundo y, sobre todo, ser testigo de un viejo arte de leerlo a partir de cualquier cosa (una moldura, una vestimenta, una comida o la placa junto a la puerta que informa la residencia en ese lugar, en otro siglo, de algún escritor o algún personaje histórico). Horacio González camina por Buenos Aires, por Córdoba, por Madrid, por París –ciudad esta última respecto de la que una erudición y una familiaridad con los lugares, las plazas o los templos provienen quizá de haber escrito hace algunos años un hermoso libro sobre la Comuna, pero lo cierto es que esa arqueología urbana en ciudades extranjeras impresiona a quien lo escucha– como si perteneciera a todas ellas; camina

por ciudades extranjeras como si fueran propias, y a veces parece andar por Buenos Aires como si de tan íntima fuera una ciudad extranjera –tal vez por sentir aún en sus esquinas y sus plazas el rumor de episodios olvidados de otros tiempos; tal vez, porque en la Buenos Aires de Horacio González nada se ha perdido.

La lectura del mundo –la ciudad como libro con una *característica* singular en cada caso– encuentra un sentido oculto en el detalle de todos los días: el pensamiento comienza por cualquier parte y en cualquier cosa. Horacio González y José Aricó son hegelianos –conscientes del exceso de esta frase ni bien la pronunciamos, enmendamos para decir que atesoran maneras de ser hegelianos–, pero no sólo por ver en todas las cosas sin importancia manifestaciones sensibles de algo que se trata de desentrañar. También por la sabiduría –por la decisión más bien– de mantener siempre arriba, sin que ninguna caiga, las dos perspectivas a las que todo da lugar, para hacer algo interesante con esa dificultad. También, a contrapelo del presente, los dos creen en la Historia.

Y además de hegelianos son gramscianos, sin duda en modos muy distintos. Casi diez años después del prólogo que en 1962 escribiera Aricó a las *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*<sup>4</sup>, Horacio González escribía otro prólogo –en la edición publicada como *El príncipe moderno y la voluntad nacional-popular*<sup>5</sup>– cuyo título (“Para nosotros, Antonio Gramsci”) delata su inscripción en la batalla cultural de la época. Pero hay algo sobre todo que designa el punto de encrucijada, el punto de cruce entre el planeta González y el planeta Aricó, si fuera posible decirlo de este modo: una común desconfianza (aquí hegelianos y gramscianos a la vez) de todo conocimiento o de cualquier discurso que no se oriente a la comprensión del mundo –o a su transformación, que no son (en ninguno de ellos: ni en Hegel, ni en Gramsci, ni en Aricó, ni en González) cosas separadas.

Algunas de las definiciones de “encrucijada” que proporciona el diccionario son: “lugar donde se cruzan dos caminos”; o “panorama de varias opciones de las que no se sabe cuál elegir”; o “punto en el que confluyen varias cosas” (por ejemplo cuando se habla de una “encrucijada de culturas”). A mi ver Aricó y González establecen la encrucijada más

<sup>4</sup> Buenos Aires, Lautaro, 1962.

<sup>5</sup> Buenos Aires, Puente Alsina, 1971.



importante y fecunda de la cultura argentina –que componen la vía socialista y la vía nacionalpopular– en todos los sentidos menos en el segundo, que el tercero borra: punto de confluencia.

Lo que alguna vez dijo Eduardo Rinesi en su presentación con motivo del Doctorado *Honoris Causa* que le concedió la Universidad de La Plata, es lo fundamental de esa poética de la gestión pública que Horacio González ha sabido conjugar con el activismo cultural, el interés por los otros, las prácticas del atesoramiento, el invencionismo y el impulso de todo pensamiento en dificultad por no codificable. Dice Rinesi allí: “el conjunto de reformas, de iniciativas y de movimientos que Horacio ha impulsado e impulsa todo el tiempo en esa vieja institución de la cultura nacional [se refiere a la Biblioteca Nacional, de la que fue Director hasta diciembre de 2015], a la que también, como un regalo, como un exceso, como un plus, como una donación que de ninguna manera venía exigida por el modo en que esa institución había funcionado clásicamente en la cultura argentina, vino a añadirle un espíritu profundamente democrático, profundamente confiado en que la apertura de las más variadas experiencias culturales a capas cada vez más amplias y más heterogéneas de ciudadanos no tiene por qué ir en desmedro (como tantas veces y tan mediocrementemente se sostiene) de la calidad de esas experiencias si esa calidad se entiende como la permanente recreación y el constante enriquecimiento de la vida colectiva, y no como el triste timbre de distinción o de privilegio de algún grupo”<sup>6</sup>.

En igual sentido, la de Horacio González es una Universidad que todos quisiéramos para cada uno: el pensamiento, la ciencia, la tecnología, el arte, la historia puestos en conversación, producidos y no reproducidos, marcados por un interés real en las cosas mismas, siempre contiguos a la vida y orientados por un sentido de nobleza. Vida popular y sentido de nobleza es, creo, otra de las encrucijadas que nos propone Horacio González para mantener abierta la esperanza laica de la cultura.

La captura del gusto y el saber por la obra de la repetición es la banalidad del mal académico que reduce los muchos lenguajes del conocimiento a un progresismo reaccionario puramente cuantitativo que impreca: “Nada nuevo debe suceder, sólo lo ya sabido y previsible”. Contra el

<sup>6</sup> Eduardo Rinesi, “Don Horacio”, en *Distinción Doctor Honoris causa a Horacio González*, Facultad de Perio-

dismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata / Ediciones Colihue, 2013, p. 10.

mundo de la comunicación total que también prescribe: “Todo debe ser entendido por todos sin mediaciones, y por todos de la misma manera”, la atención de Horacio González por lo común en tanto conquista de una libertad colectiva no cuantificable, registra sus opacidades, sus secretos, sus malentendidos, y traza un desvío emancipatorio hacia fuera de lo que suele llamarse “sociedad del conocimiento”, hacia otra condición del saber que podríamos concebir como un “comunismo del conocimiento”.

Sin duda, los libros de Horacio González dejan una enorme tarea por delante a las ciencias sociales, la filosofía y la crítica de la cultura, en las universidades y fuera de ellas. Esa tarea tiene por materia lo que González ha pensado pero también lo no pensado por él, pues lejos de ser una carencia o una falta, lo no pensado forma parte principal de una obra cuando es relevante, porque solo se revela gracias a ella. La suya es una voz imprescindible para Latinoamérica –acaso por ser el gran escuchador de nuestra época– cuando transita su tiempo más dramático, y también lo es para los argentinos un profundo elogio del pudor que acompaña todo lo que hace.

Sin embargo, el trabajo de Horacio González en los yacimientos literarios, filosóficos y culturales más clásicos pero también más insospechados no es solo un interés por el pasado y una práctica de benjaminiana justicia, que también es, sino una interlocución con la historia orientada, o más bien iluminada, por esta pregunta: ¿qué será de nosotros?; ¿qué será de nosotros dentro de algunos años? –es decir la pregunta que “Beber” (con “B” larga, argentinizado, según propone Horacio González en un fanzine inventado por Matías Rodeiro) le hacía a sus estudiantes revolucionarios en 1919 (“¿qué será de ustedes dentro de una década?” era en realidad la pregunta, que su pampeano lector transforma: ¿qué será de mí, de nosotros?...)<sup>7</sup>.

La pregunta por “lo que vendrá” se conjunta con la constatación calma de que “el mundo –decía el mismo Weber hacia el final de su conferencia sobre la política como vocación– está gobernado por demonios y que quien entra en política, es decir en el fuego del poder y la violencia como medios, pacta con fuerzas diabólicas”. Los demonios de la historia están siempre presentes, como en un fondo oscuro, en lo que Horacio

<sup>7</sup> Horacio González, *Sobre el intelectual / Sobre la izquierda + Comentarios de León Rozitchner*, fanzine.

González piensa; en su desconfianza de los entusiasmos sin reticencia y de los inmediatismos del concepto. A partir de allí se revela la exigencia que le plantea al pensamiento, a la cultura y al presente momento argentino. Se revela la exigencia que su pensamiento oral y escrito, sus libros y su vida nos ofrenda a quienes somos sus contemporáneos.

Esa exigencia hacia sí y hacia los demás se renueva libro tras libro. Las “traducciones malditas”<sup>8</sup> de los grandes clásicos del pensamiento –una propuesta para pensar “el intelectual argentino y la tradición”– y la búsqueda de acontecimientos de lenguaje en las napas populares de la vida en sociedad establecen los mojones –pero no los límites– de un universalismo concreto, que integra lo que la ideología universalista suele dejar fuera. Desde allí, la tarea es la de afrontar la violencia (donde “afrontar” se presenta aquí como verbo ambiguo): considerar las dificultades morales y teóricas que plantea su irrupción para construir un pacifismo que no equivalga a un negacionismo de las motivaciones que empujan a la vida dañada hacia ella. ¿Cómo sería ese pacifismo, esa exigencia de la paz? Quizás el imposible arte de tramar la paz perpetua kantiana y la filosofía de la historia hegeliana; *Facundo* y *El crimen de la guerra*; Rodolfo Walsh y Oscar del Barco... la mención de estos nombres heteróclitos obedece a la convicción de que no resulta posible, ni prudente, transitar por una historia llena de demonios sólo con unos pero sin los otros.

### Tres. “Un puñado de cosas que permanecen”

El pensamiento de Horacio González sobre la universidad es otra de sus contribuciones “inactuales” de mayor potencia crítica. Quizás esa contribución permita iluminar una frase perdida, aunque muy conocida, que puede encontrarse en el discurso que Deodoro Roca leyó durante el Primer Congreso Nacional de Estudiantes que sesionó la última semana de julio de 1918 en el Teatro Rivera Indarte de Córdoba. La frase dice: “*Ir a nuestras universidades a vivir, no a pasar por ellas*”<sup>9</sup>. Esa frase reviste una enorme actualidad, cuando la universidad, que además de producir ciencia, pensamiento, literatura... es –hasta ahora– un lugar de encuentro de los cuerpos, las ideas y las palabras para el

131 |

<sup>8</sup> Horacio González, *Traducciones malditas. La experiencia de la imagen en Marx, Merleau-Ponty y Foucault*, Buenos Aires, Colihue, 2017.

<sup>9</sup> Deodoro Roca, “La nueva generación americana”,

en *Obra reunida I. Cuestiones universitarias*, Córdoba, Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba, 2008, p. 31.

conocimiento, para la amistad y para la política; un espacio de oralidad pensante que el neoliberalismo académico en curso busca desmontar y sustituir por una autodidaxia virtual emprendedorista (universidades virtuales, cursos virtuales, aulas virtuales...) prescindente de la sabiduría pedagógica y de la memoria de los viejos maestros. Acaso sea esta la diferencia más importante entre el movimiento estudiantil cordobés de 1918 –que estaba motivado por un anhelo de maestros, hasta el punto de que Deodoro llega a escribir en 1931 que “La Reforma fue y es un abierto ensayo para llegar a un maestro”<sup>10</sup>– y la revuelta parisina del 68, que más bien procuraba su destitución. Como realización reaccionaria de esta utopía sesentayochesca, quizá entremos finalmente a un mundo sin maestros y sin docentes: forma al fin hallada del individualismo solitario y “conectado”, sin encuentro, sin imaginación colectiva y sin anhelo de justicia, que el neoconductismo en ciernes busca imponer.

Ir a las universidades a vivir. En el Centro Experimental Vincennes –actualmente Paris 8– que se creó en 1969 en la estela pedagógica de las revueltas de 1968 y del que Michel Foucault fue su primer director, esta idea de Deodoro Roca cobraría un sentido literal: había cursos, conferencias y debates en continuación, se dormía en la universidad –a la que podía asistir cualquiera–, se iba con los niños, se cocinaba, se hacía teatro. Durante las pocas semanas que duró esa forma de vida común, la enseñanza, la investigación y el debate jamás se interrumpían.

Tal vez sin proponerse una rutina como la que efímeramente tuvo lugar en el Centro Experimental Vincennes, la potente frase de Deodoro sobre la universidad y la vida –sobre “vivir” en la universidad– se revela en el tiempo: no significa una clausura, ni un universitarismo, ni una indiferencia sino más bien prospera en el encuentro con el mundo y con la revolución. La sabiduría reformista se precipita y concentra en otra frase, esta de 1936: “la Reforma [universitaria] no será posible sin una reforma social”. La autonomía que la tradición de la Reforma forja en los años de lucha acaba por ser una autonomía con otros, una autonomía sensible a la no-universidad, una autonomía con mundo que asume su lugar en las borrascas de la historia sin querer evadirlas, que se percibe a sí misma como parte del “drama social” y toma partido junto al campo popular en el conflicto de fuerzas que sacuden la sociedad.

<sup>10</sup> Deodoro Roca, “Nicolai y la Argentina”, op. cit., p. 79.

El mundo que la Reforma descubre es un lugar nunca completamente explorado; alberga pasajes y “pasillos”, insustituibles por ninguna “conexión virtual”. Un lugar común –aunque no exento de secretos– para su desciframiento y su transformación. El “libro del mundo” reformista se abre así como un “libro de los pasajes” del que toda biblioteca no es más que su extensión.

La universidad como utopía del estar-juntos (del vivir-juntos) no equivale entonces a un universitarismo sin mundo (o “in-mundo”) sino a una apertura y a una confianza en los desconocidos y en lo desconocido por venir –o por construir. La pregunta por la vida y por el mundo (y las aventuras del conocimiento que se interroga por ellos) no es posible sin otros –sin los que son otros respecto de la universidad. Se tratará pues de conjugar una potencia colectiva y heteróclita (una “desmesurada inspiración colectiva”) que jamás abandona la pregunta por las estructuras de dominación y por las apuestas de la emancipación, siempre atenta al poder de la impotencia para resguardarse de él, a las retóricas de la muerte y al odio de todo lo que brota. En efecto, el vitalismo –un cierto vitalismo– es la filosofía de la universidad reformista. María Pia López ha escrito hermosas páginas sobre la filosofía de la vida que animaba a la cultura de la Reforma<sup>11</sup> para imaginar una universidad no burocrática, no profesionalista, no especialista, creadora y de “espíritu libre” –arielista, antipositivista, anticapitalista, antiimperialista, anticlerical...

Horacio González publicó recientemente un libro profundamente reformista; se trata de un conjunto de escritos que reunió Juan Laxagueborde y se llama *Saberes de pasillo. Universidad y conocimiento libre*<sup>12</sup>. Un libro reformista, no sobre la Reforma (menciona desde luego a la Reforma, textos como “Palabra sobre los exámenes” de Deodoro cuando reflexiona sobre el actual estatuto paroxístico de la evaluación o cuando evoca la herencia de la autonomía); un libro que piensa *con* ella más que sobre ella, donde la expresión “conocimiento libre” encripta una sorprendente fidelidad creativa a lo que, en un texto de 1920 con epígrafe de Trotsky (que la publicación de Gabriel del Mazo suprime) Deodoro llama “espíritu libre”<sup>13</sup>. En ese escrito, leído en Rosario en 1920 donde había sido

133 |

<sup>11</sup> María Pia López, *Hacia la vida intensa. Una historia de la sensibilidad vitalista*, Buenos Aires, Eudeba, 2006, especialmente pp. 87-99.

<sup>12</sup> Horacio González, *Saberes de pasillo. Universidad*

y *conocimiento libre*, compilación y prólogo de Juan Laxagueborde, Buenos Aires, Paradiso, 2017.

<sup>13</sup> Deodoro Roca. “La universidad y el espíritu libre”, en op. cit., pp. 39-45.

enviado en representación de la FUC y luego publicado en la *Revista de Filosofía* de Ingenieros, Deodoro denunciaba “la servidumbre de la inteligencia, la servidumbre de la cultura, la profesionalidad de la cultura” que “se aprestan a defender el Orden”; denunciaba el apoyo de la investigación, como pocas veces antes visto, a “oscuras fuerzas de reacción y dominación”; “la ciencia al uso, pagada en sus métodos, con sus éxitos fáciles, con su espíritu escolarizado, [que] ha venido adoctrinando a sus adeptos, en una concepción conservadora del mundo”. “Lacayos de la inteligencia”, “asalariados intelectuales”, “domésticos doctorados”, “dómines verbalistas”, son algunas de las expresiones empleadas allí para designar el sometimiento voluntario que produjo en los “estudiantes revolucionarios” un “asco invencible”. [Muchos años después, para gran escándalo social, un músico popular volvió a usar esta palabra, acaso sin saber que también lo había sido por la parrhesiástica generación reformista]. Podríamos realizar el experimento de superponer el texto de Deodoro sobre el “espíritu libre” con un ensayo gonzaliano fundamental que en los 90 –mientras el sistema de incentivos, la taxonomía de los formularios y las evaluaciones vaciaba a la universidad de conocimiento libre– leímos en la revista *El ojo mocho* –y ahora recupera *Saberes de pasillo*– llamado “Contra el imperio del *ethos* burocrático”. Se lleva a cabo allí una vibrante crítica de la “razón categorizadora”, el “canon de la tasación” y el “*ethos* burocrático”. En ese texto González recurría a la tradición como paradójica potencia emancipatoria frente al progresismo reaccionario que en 1995, como en 1918 y ahora mismo es reproducción ampliada y perfeccionada de lo existente, impide que nada nuevo irrumpa y condena a la experiencia y las ideas a quedar “fuera de lugar”. “La tradición –leemos allí– es la historia de la lectura de los textos y no los textos implantados en bibliografías que constituye en mapa axiomático con el que sellan casamatas de rivalidad y sigilo. Sin esta idea de tradición –pues la tradición es lo que está abierto, no pesa ni obliga– no hay institución. Sin esta idea de tradición hay Inquisición”<sup>14</sup>. Horacio González llama aquí “inquisición” a la persecución de la vida intelectual y del conocimiento libre, que conjuga el interrogatorio y el Tribunal.

Después de una gran reflexión sobre la sociología en el prólogo del libro, “Saberes de pasillo” –el escrito que abre y le presta el título al volumen– fue leído en un pasillo de la Facultad de Ciencias Sociales de Buenos

<sup>14</sup> Horacio González, *Saberes de pasillo*, op. cit., p. 115.

Aires durante la inauguración de la Facultad de Ciencias Afines el 16 de noviembre de 1993. Allí el lector encuentra y agradece una hermosísima teoría del pasillo universitario como lugar de construcción de conocimientos. Una pequeña historia de la sociología (definida como “el oficio de comprender la vida de otros”, hoy abandonado por una “sociología” sometida a “los grandes aparatos comunicacionales”) a partir de sus viejos edificios y de sus pasillos.

En una bella reseña de este libro para la revista *Mancilla*<sup>15</sup>, Mariana Gainza reflexiona sobre la singular manera de ser hegeliano de Horacio González: hegelianismo abierto que honra las posiciones, las considera en su mejor aspecto, se deja modificar por ellas y –agrego– está animado por una *pietas* de exquisita potencia política; un hegelianismo que no traduciríamos como *Razón y revolución* sino como “memoria e invención”. Encrucijada fecunda de vitalismo y piedad hacia lo que muere de la que brota un pensamiento de una gran potencia dialéctica. Me cuento entre los muchos cordobeses que deploramos no haber tenido a Horacio González como profesor, pero de los muchos más que estamos agradecidos de haberlo podido escuchar tantas veces en tantas charlas sobre todas las cosas. Ese elegante hegelianismo sin clausura, creo, es uno de los secretos de su oralidad, a la que no adjuntaré, por estar de antemano condenado a la banalidad, ningún adjetivo.

“Universitario huérfano de universidad” dice Horacio González de sí mismo, y escribe con melancolía borgiana: “Para mí, la Reforma es un puñado de cosas que aún permanecen... Permanecen los textos de Deodoro Roca, que vacila entre declarar toda ciudad como ‘Ciudad universitaria’ o volverla al flujo social”. Un puñado de cosas que permanecen.

La lectura de *Saberes de pasillo* deja una sensación de –no encuentro otra palabra– alta y profunda coherencia. Y una perplejidad: ¿cómo es posible no confundirse tanto? No estoy seguro de que esta pregunta esté correctamente formulada en castellano, pero sí de que nunca hay en estas páginas confusión de lo que se trata en cada caso. Los escritos de *Saberes de pasillo* abarcan veinte años de reflexión sobre la universidad, sobre prácticas de conocimiento y de enseñanza, años en los que

<sup>15</sup> Mariana Gainza, “Ponerse hegeliano”, revista *Mancilla*, n° 15, Buenos Aires, 2018.

sucedieron muchas cosas pero hay algo que une todas estas páginas: se trata de encontrar detrás de lo que hay la pepita de oro libertaria –que siempre existe, sea cual fuera la circunstancia. Pensar no es exponer convicciones sino producir un hallazgo sin eludir la dificultad de lo real –a través de ella. No una simple exposición de convicciones o de un punto de vista privado sino una detección de lo que brota hacia otra parte desde la adversidad de las cosas. Tampoco en esto hay olvido de Hegel. Como sea, esa dedicada atención por lo que no se somete, o intenta no hacerlo, es un tesoro del que disponemos en tiempos oscuros como este en el que nos hallamos inmersos.

Precisamente en esos tiempos, “ir a nuestras universidades a vivir” para, en el límite, salir de ellas: salir con una inteligencia atraída por el mundo; con una renovada curiosidad por otras formas de existencia; con un saber de los otros (en el doble sentido de la expresión) y una insistencia ineludible en la pregunta por la libertad –que, como lo supieron muy bien los reformistas y sabe muy bien el profesor Horacio González, jamás se obtuvo sin una liberación.